

Dolor, angustia y lirismo

Precede al mexicano José Luis Cuevas el rumor del prestigio internacional. Lo ha ganado, en su patria, en los Estados Unidos y en Europa, cuando es apenas un muchacho. En la Argentina agregará sin duda nuevos laureles a su rica cosecha. Esta exposición nos sitúa frente a un extraordinario dibujante y a una curiosa, misteriosa personalidad, hecha de vigor, de melancolía y de gusto por lo mágicamente macabro. Hecha también de un sentido poético que recuerda a Goya, a Baudelaire y a Poe. Nos explicamos que la Falcon Press acabe de editar una interpretación suya de la obra de Kafka.

Germán Arciniegas alude a su genial prontitud para atrapar al vuelo lo esencial de la locura; Raymond Cogniat, en su *Historia de la Pintura*, lo llama «joven prodigio»; el gran artista Tamayo, su compatriota, señala que es, dentro de su generación, el que posee verdadero talento; Philippe Soupault, Jean Cassou, conservador del Museo de Arte Moderno de París, y Horacio Flores-Sánchez, que le ha consagrado una monografía en la «Collection Artistes de Ce Temps», suman sus voces a las de los críticos norteamericanos, ingleses y franceses, para abundar en elogios de quien mereció, a los 22 años, en 1955, este juicio escalofriante: «José Luis Cuevas ha ganado un lugar en la pintura contemporánea».

Los dibujos de la exposición de Bonino son admirables. Influencias remotas e intensas robustecen su creación. Está, por un lado, en su patria, el estuendo aporte tradicional precolombino. Está, por el otro, la línea goyesca de las brujerías, reflejada en la sátira fúnebre del mexicano Posada. Cuevas ha asimilado esas contribuciones que bullen en su sangre y las ha resumido en soluciones propias, suyas. Difícilmente encontraremos hoy un artista que posea tan certero dominio del diseño, tanta capacidad para guiar la pluma, en el arabesco leve y firme, e inventar un aquelarre como éste, de figuras que seducen y espantan y cuya deformación obedece a un ritmo sabio. Más allá de su técnica destreza y de su encendida imaginación, nos transmiten un mensaje apasionado de dolor y de angustia, al que exalta —no en vano Cuevas es tan joven— un hondo lirismo.

Manuel Mujica Láinez

Buenos Aires, 1959



La giganta gitana, 1991